



XIII

QUANDÉ, pues, á Celestín subir apresuradamente al pescante, y al cochero correr por la Judería hasta el corralón que ya he descrito, en cuyo fondo se abría la puerta falsa de la casa de D. César. Apeéme ante la *Torre mocha*, y seguido de Celestín crucé á grandes zancadas el amplio corralón, desierto entonces, silencioso, cerradas herméticamente las grandes puertas de cuadras y cocheras que en él se abrían, é iluminado hasta en sus más ocultos rincones por los claros mecheros de gas que de trecho en trecho ardían como en cualquier otra calle.

De cuando en cuando alzábase amenazador, del otro lado de la manzana de casas, el alarido de la multitud, como recordando el peligro, y yo aligeraba el paso

sin querer, al oírle, anhelando prestar auxilio á la que yo suponía atribulada familia.

Hallábase aquella parte trasera de la casa de D. César en el fondo de la especie de bolsillo que allí formaba la Judería, y era la puerta baja y fuerte, con un postiguito ó mirilla á la altura de los ojos. Antes de llamar miré por el postigo: el jardinillo que daba acceso á la casa por aquella parte aparecía obscuro y silencioso, y distinguíanse, como manchas negras, los arriates y árboles que lo adornaban.

En el fondo destacábase, claramente iluminada, una especie de galería de cristales que daba luces á aquel comedor en que tantas veces había merendado yo con las niñas de D. César. No se notaba, sin embargo, ningún movimiento en el interior de la casa, y aquella quietud, aquel sosiego, hicieronme suponer que debía estar la familia del otro lado de la casa, hacia la plaza del Clavero, que era teatro del tumulto.

Temeroso, pues, de que no me oyesen, descargué tres recios aldabonazos, y como si fuera esto un conjuro mágico, alzáronse repentinamente en la galería varias som-

bras de mujeres encubiertas, en actitud espantada; abrió una de ellas los cristales, inclinándose hacia fuera, como para escuchar mejor, y sentí al mismo tiempo que alguien corría por el jardín hacia la casa y se detenía al pie de la ventana, diciendo con voz ahogada y comprimida:

—¡Que llaman!... ¡Ahí están!... ¡Ya vienen!...

Redoblé impaciente mis aldabonazos; agitáronse las sombras espantadas, apagóse la luz de un golpe y todo quedó sumido por aquella parte en la obscuridad y el silencio...

Furioso yo, porque interpreté toda aquella maniobra como señal inequívoca de que no querían abrirme, mandé á Celestín que continuase el repique mientras yo atisbaba ansiosamente por el postiguillo...

Me había engañado, sin embargo: vi á poco adelantarse por el jardín, hacia la puerta, un extraño grupo que alumbraba un farolillo: venía delante una mujer chica y regordeta, envuelta de pies á cabeza en una especie de manto rojizo; traía en una mano el farol y en la otra un manojo de llaves muy grandes: seguíanla, muy pegaditas, otras dos mujeres más altas, cubier-

tas también con amplios mantos oscuros, y cerraba la marcha, como escoltándolas, un viejo con una escopeta al hombro y un hermoso perro de Terranova que, lejos de husmear inquieto, meneaba mansamente la cola.

Cuando estuvieron al habla, gritéles por el postiguillo:

—Abran..., abran... pronto..., soy yo..., Burunda...

Detúvose la del farol á dos pasos de la puerta y con reposada voz contestóme imperiosamente:

—Acerque la cara al postigo...

Al momento metí por él las narices, y la luz del farol, deslumbrándome los ojos, vino á probarme que la encubierta verificaba, en efecto, aquel previo y prudente reconocimiento.

—Paco es—dijo lacónicamente; y como atisbase también á Celestín, tornó á preguntar:

—Y ese otro, ¿quién es?...

—Es mi criado, y allí fuera tengo la berlina para que se vengán ustedes á casa...

Escapóse una exclamación de gozo á las encapuchadas oscuras, comprimida instantáneamente por una breve oscilación

del farol y por una mirada, que debió ser terrible, de la encapuchada roja. Abrióse entonces la puerta, cerrada con llave y cerrojo, y pude al fin conocer á mis interlocutores.

Era la del farol la *Jueza* en persona, D.^a *Ambrosia*, envuelta en una vieja cachemira de fondo rojo, que prestaba á su moreno rostro los trágicos vislumbres de aquella gitana Azucena, madre del *Trovador* de la ópera, cantando la espeluznante cavatina *stride la vampa*. Las otras dos encapuchadas oscuras echáronse atrás los pardos mantones no bien abrieron la puerta, y pude reconocer á la luz del farol las caritas de pulga y las airoosas cabezas de la mayor y la menor de las hijas de D. César, Olga y Cimodocea.

En cuanto al viejo de la escopeta, era sencillamente el alguacil del Juzgado, única fuerza beligerante que podía montar en pie de guerra, á su voluntad, el nunca vencido y jamás atacado D. César Fernández y del Roble.

En cuatro palabras concisas y elocuentes expresé entonces á D.^a *Ambrosia* mi deseo de ponerlas en salvo á ellas y á don César, y los medios con que para ello con-

taba. Olga, al oírme, daba grititos *staccatos* de gozo, y sin acabar de escucharme corrió hacia la casa para anunciar, sin duda, á los sitiados, la llegada del salvador. Doña *Ambrosia*, por el contrario, daba muestras de impaciencia y contrariedad, y sin soltar su farol, que tenía siempre muy empuñado, contestóme al cabo con su acostumbrada vehemencia:

—¡Muchas gracias, Paquito, muchas gracias!... ¡Te digo que muchas gracias!... Pero Fernández y del Roble no puede salir de aquí; y no pudiéndolo él, tampoco pueden su mujer y sus hijas abandonarle.

—¿Que no puede?—exclamé yo cándidamente.—¿Y por qué no puede?... ¡La cosa es tan sencilla!...

Detúvose ella para dar más fuerza á sus palabras, y agitando el farol con enérgica fuerza, dióme esta respuesta, digna de una espartana:

—No puede, porque no debe.

Hiceme atrás de un salto para evitar la rociada de aceite que del farol se escapaba, y más sosegada ella, pero no menos fiera, añadió muy bajito:

—Fernández y del Roble no debe salir de aquí sin entregar antes al Gobernador

militar el sumario de esa dichosa causa que tiene la culpa de todo.

—Pero ¿va á inhibirse D. César?—pregunté desalentado al ver desvanecerse la esperanza que en la influencia del Juez había yo puesto.

—¡Preciso!... Baza es marino, y su crimen pertenece, por lo tanto, á la jurisdicción militar... Esta es la única callejuela que le queda á Fernández y del Roble para salirse de este berenjenal en que nos ha metido tu dichoso amiguito...

—Pero ¿qué está usted diciendo, señora?—le interrumpí yo con tanta energía como D.^a *Ambrosia* misma.—Baza no ha cometido crimen ninguno, y yo se lo probaré á don César si me entera de lo que dice el sumario...

—¡Imposible, Paquito, imposible!... ¡El secreto del sumario es cosa sagrada!... Y ten cuidado con lo que haces y dices, porque te puedes coger los dedos en el quicio de la puerta... Te lo digo, Paquito, te lo digo... Baza no es lo que tú crees...

Durante todo este tiempo no había Cimotocea desplegado los labios: caminaba en silencio, dando el brazo á su madre, y sentía yo sobre mí el peso, por decirlo así,

de sus ojitos de muñeca de palo, que parecían ver en la obscuridad, como los de los gatos: podría jurar que aquel inteligente diablejo no sólo adivinó mis angustias, sino también el motivo de ellas.

Antes de entrar asíome D.^a *Ambrosia* por un brazo, manchándome de aceite toda la manga, y reteniéndome aparte, díjome al oído:

—Por Dios, que no insistas mucho con mi marido para que huya, porque será muy capaz de hacerlo... Está muerto de miedo, y yo sola soy quien le anima y le mantiene en su puesto.

Y con una mezcla de encubierto desdén y despreciativa lástima, añadió la inflexible espartana:

—El pobre tiene más de *Fernández* que de César.

En lo alto de la escalera encontramos al coro de niñas de D. César, saludándome todas á un tiempo con sus chillonas voces, cual si entonasen un himno al libertador, que recordaba los discordantes pitidos que salen de un nido de urracas cuando aparecen el padre ó la madre trayendo el sustento á los polluelos.

En medio aparecía D. César Fernández

y del Roble, nervioso, inquieto, sobresaltado, volviendo el rostro hacia la puerta á cualquier ruido, siempre *in actu primo proximo* de echar á correr. Su majestad curialesca aparecía también harto deteriorada: cierto que vestía su entallada levita larga, y en vez de la monumental chistera, cubría su cabeza un artístico gorro griego de terciopelo azul bordado de oro; mas sus engomados bigotes, que se erguían de ordinario, cual dos rabos de ratones, paralelos á los ojos, caían ahora lacios, despeinados, desteñidos, erizados y rebeldes como la multitud que mugía á dos pasos de allí, en la plaza del Clavero.

El miedo, sin embargo, no había ahuyentado su cortesía rutinaria: descendió dos peldaños de la escalera para salir á mi encuentro, y tomándome con sus dos manos una de las mías; díjome como hacía veinte años venía diciéndome:

—Adiós, Paquito; ¿cómo te va?... Yo bien, gracias... ¿Y tus tíos?

En pos de mí subía trabajosamente la escalera D.^a *Ambrosia*, apoyada en Cimo-docea. Dejó su farol en el primer peldaño, y quedóse allí inmóvil, solemne, erguida, fija la escrutadora y severa mirada en su

atribulado esposo y envuelta siempre en su manto rojizo, cual una evocación del inflexible deber anegado en su propia sangre.

Azorado yo con su presencia, sólo me atreví á hacer una ligera indicación á don César sobre mi plan de fuga... Sobresaltóse él, miró á hurtadillas á su esposa, y agarrándome del brazo, arrastróme á su despacho diciéndome muy bajo:

—¡Calla!... ¡Calla!... No se puede hablar de eso delante de *Ambrosia!*... Esa mujer es terrible... Figúrate tú que se empeña en que debo morir aquí, en mi puesto... Yo le digo que sí, para que me deje en paz, pero te aseguro francamente que no tengo ganas de morir ni aquí ni en ninguna parte... ¡Qué mujer, Dios bendito, qué mujer!... Esa debió de casarse con Escipión el Africano, y no con un pobre hombre tan nervioso como yo... Así es que yo pienso—;no se lo digas, por Dios!—quitarme de en medio en cuanto entregue al Gobernador militar esa maldita causa de Baza, que tiene la culpa de todo... Y si tarda mucho Sánchez Cabezueta, ni aun á eso espero tampoco... Me inhibiré de hecho sin decir palabra; pongo pies en polvorosa, y salga el sol por Antequera...

—Pero ¿de verás va usted á inhibirse?— exclamé yo angustiado.

—¡Pues naturalmente, Paquito!... El caso cae dentro de la ley, y si no cayere—añadió con el cinismo del miedo,—ya le haría yo que encajase... Nada, nada, me inhibo y me lavo las manos: porque, después de todo, lo mismo puede un tribunal civil que uno militar ahorcar á un tunante, y si Marco y Canelo merecen que les cuelguen por incendiarios, no lo merece menos el Condesito por asesino... En eso tiene razón el populacho...

Estallé entonces, y con enérgica indignación impuse silencio á aquel cobarde Poncio Pilato, que no se acordaba ó no tenía en cuenta mi íntima amistad con Boy... Á grito pelado proclamé la nobleza y caballería de mi amigo, ofrecíme á probar su inocencia ante los tribunales, y ya fuera de mí, desafié al Magistrado á que probase su culpabilidad, y hasta llegué á injuriarle con frases acerbas.

Decía yo todo esto con la energía de la convicción y la seguridad que tenía de ponderar de todos los actos de Boy en aquella noche, sin acordarme—¡necio de mí!—de que yo mismo no sabía explicarme su des-

aparición misteriosa de mi casa en aquellas horas de la madrugada en que justamente debió perpetrarse el crimen.

Asustado, si cabe decirlo, en medio de su susto, escuchábame D. César dándome en el hombro conciliadoras palmaditas, sin acertar á decir más que: «¡Cálmate, Paquito!... ¡Sosiégate!» Mas cuando llegue á manifestarle mi intento de defender á Boy ante los tribunales, varió repentinamente de aspecto y gritóme con grandes bríos, empujando el dedo:

—¡Guárdate de hacerlo, Paquito, que tú no sabes lo resbaladizo que es el papel sellado en estos tiempos de democracia!... ¡No te metas tú mismo en este berenjenal en que nos ha enredado á todos tu amiguito; pues sábetete que ya te han metido ellos, y sólo á mi mediación debes el no aparecer ya en el sumario como cómplice! Pero si yo...

No pudo acabar, y desfallecieron de repente todos sus bríos... Resonaba en la plaza una algazara horrible de voces y silbidos: sonó luego una descarga cerrada; después el rumor del populacho que huía por las bocacalles, y últimamente el sonoro galopar de la caballería, que daba una carga para despejar la plaza.

Al mismo tiempo precipitóse demudada en la estancia una de las niñas de D. César, gritando:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Ya está ahí Sánchez Cabezuela!... Dice mamá que baje usted á recibirle.

Dió D. César una gran voz de satisfacción y de descanso, y corrió hacia la puerta, diciéndome:

—Espérame aquí; no te vayas.

Mas como asaltado de una idea repentina, volvióse en el umbral mismo y gritóme, con el dedo sobre las narices:

—Te advierto que el Duque de Yecla es íntimo del Capitán general del Departamento... Á éste ha de ir á parar precisamente la causa... Ahí es, por lo tanto, donde has de dirigir toda tu artillería...

Quedéme mudo de sorpresa con todo esto; mas esperábame aún otra más grande. No bien se hubo alejado D. César, apareció en el despacho Cimodocea, ocultando bajo su obscuro manto un gran legajo de papeles: colocólo delante de mí sobre la mesa, y dijo lacónicamente:

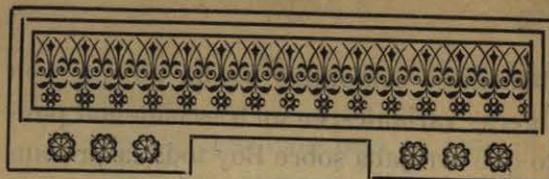
—Toma... Entretente.

Y señalando á la pieza vecina, añadió:

—Ahí me quedo yo de centinela.

Miré admirado la cubierta del protocolo, y leí con sorpresa, con sobresalto, con espanto casi:

Sumario de la causa incoada contra el Sr. Conde de Baza, por presunto delito de homicidio consumado en la persona de Joaquín López, (a) Pájaro verde.



XIV

Yo no sé si hice bien ó si hice mal, ni me detuve entonces á pensarlo; pero es lo cierto que con ansia febril devoré aquel precioso documento que el amor y la abnegación ponían en mis manos, y que podía descubrirme la trama infernal que una rara coincidencia, como creía yo entonces; ó una maldad refinada, como supe más tarde, urdían contra mi infeliz amigo.

Comenzaba el sumario por la exposición del hecho de autos, tal como se le conocía entonces: el hallazgo del cuerpo de Joaquín López, asesinado en la trastienda, y el levantamiento del cadáver por el Juez de primera instancia, que había presenciado yo mismo. Seguían luego las declaraciones de las tres hijas de la víctima, María Sata-nás, María Lucifer y Mariquita de todos los

demonios, conformes todas, aunque con ligeras variantes, en un trascendental punto que arrojaba sobre Boy toda la presunción del delito.

... El mismo lunes de Carnaval, á las once y cuarto de la mañana, personóse éste en la tienda del peluquero, exigiendo prórroga para el cobro de un pagaré de once mil duros que le adeudaba; negóse el usurero á prorrogar un solo día, y exasperado entonces Boy, habíale amenazado, según María Satanás, con cortarle las orejas; según María Lucifer, habíale tirado horriblemente de ellas, y Mariquita de todos los demonios aseguraba que ella no había visto ni oído nada de orejas: lo único que oyó, escuchando detrás de la puerta, era que aplastaría á unos señores que ella no conocía ni sabía quiénes fueran: *los reptiles...*

Convenían, sin embargo, las tres hermanas en que su padre había salido aterrado de la conferencia, y en que les manifestó su propósito de dar parte al Juez para ponerse bajo su protección contra las amenazas de Boy; cosa que no llegó á efectuar, sin duda—pensé yo,—por el miedo que tienen todos los tunantes á que intervenga la

Justicia en sus asuntos, aunque sea para favorecerlos.

Comprendí que todo esto se reducía á los chismes que, aumentados y corregidos por su natural exageración, habíame contado en el baile la Condesa de Porrata; mas á esta peligrosa declaración unánime de las tres hermanas, añadía por su propia cuenta Mariquita de todos los demonios:

... Que en la noche del mismo lunes, á eso de las once y media, estando ella como peluquera en el baile del Casino, arreglando en el tocador á la Sra. Condesa de Porrata un rizo que se le había desprendido, habían visto ambas deslizarse furtivamente por un pasillo excusado á una máscara vestida de Pierrot, blanco y encarnado, que acompañaba el Sr. Marqués de la Burunda; que llevaba la dicha máscara encima del traje un *par-dessus* de color claro forrado de seda; que la dicha Sra. Condesa estuvo hablando y bromeando con ellos en el mismo pasillo sobre su intempestiva fuga del baile; que ellos huyeron muy azorados por una escalerilla de servicio que iba á parar á la calle, y que entonces dijo la Condesa á la misma declarante, que aquella máscara era el Conde de

Baza, el mismo que por la mañana amenazó á su padre, y á quien sus amigos llamaban una cosa muy rara que ella no recordaba, pero que sonaba así como *voy ó vengo...*

Daba gran fuerza á esta declaración el haber depuesto lo mismo la Condesa de Porrata, insistiendo con ahinco, no sé si malévolamente ó neciamente, en estos dos hechos, igualmente ciertos.

... Que el Marqués de la Burunda le había asegurado que la máscara en cuestión era el Conde de Baza..., y que éste vestía sobre su traje de Pierrot un *paletot* de color claro forrado de seda...

Pero lo que hacía verdaderamente peligrosa esta declaración unánime, era la que constaba después, del sereno del barrio.

Declaraba éste:

... Que al retirarse al apuntar la aurora en la mañana del martes, había encontrado al pie de la estatua del Duque de D***, entre el pedestal y la verja, un rico *par-dessus* de color claro, forrado de seda, que entregó en el acto á la Justicia; que reconocido el dicho *paletot*, resultó manchado de sangre en la manga izquierda y conteniendo en el bolsillo interior un finísimo pañuelo

marcado en una esquina con una X y una corona ducal...

No necesité leer más para hacerme cargo de la crítica situación de Boy y para comprender el fundamento de las advertencias que sobre mi propio riesgo me habían hecho D. César y D.^a *Ambrosia*; la cual, no obstante sus catonianos repulgos, debió de meter las narices en el secreto del sumario.

Indudable era también que sólo al favor de D. César debía yo que no me hubiesen envuelto en el proceso más de lo que ya estaba, llamándome á prestar declaraciones; mas ocurríame al mismo tiempo que, lejos de ser esto un favor, era un perjuicio enorme que á Boy se causaba, puesto que mi declaración arrojaría la clara y sencilla luz de la verdad sobre aquellos puntos oscuros, sospechosos y aun abrumadores que en el sumario aparecían.

Ocurrióme más: ocurrióme que, en conciencia, no debía esperar á que me llamasen á declarar, sino que estaba obligado á presentarme yo mismo... Un reparo me contuvo, sin embargo... ¿Cómo explicar la misteriosa ausencia de Boy en aquella hora de la madrugada? ¿Cómo justificar su desaparición y su falta á la guardia? Callar

todo esto, no era prudente; hacer mención de ello sin explicarlo, ¿no sería despertar nuevos indicios que confirmasen las sospechas que recaían sobre Boy?...

Pensé entonces en confiarme á D. César como caballero, abrirle mi corazón y contarle privadamente cuanto había pasado y yo sabía, para que él me aconsejase y me guiase. Mas las cobardes vacilaciones que en el Juez había visto poco antes, y el hecho de haberse inhibido de la causa, hicieronme desechar, como inútil, este pensamiento.

Acordéme, sin embargo, de la última advertencia que me había hecho su experiencia de hombre vividor y leguleyo: «Te advierto que el Duque de Yecla es íntimo amigo del Capitán general del Departamento, y á éste ha de ir á parar precisamente la causa... Ahí es donde debes, por lo tanto, dirigir toda tu artillería...»

¿Y por qué no?... ¿Por qué no había de descubrirlo todo al Duque de Yecla?... ¿Acaso no se interesaría por su hijo lo bastante para darme una carta de recomendación para el Capitán general?... ¡De mi cuenta corría después entenderme con la primera autoridad naval de la provincia!...

Justamente era el contraalmirante Deza, aunque un poco rígido, ¡tan servicial, tan bueno y leal caballero!... Pero ¿cómo había de llegar yo hasta el Duque de Yecla en el aislamiento en que se hallaba?...

Todos estos pensamientos juntos y en tropel asaltaron mi mente, y encrespados por la imaginación, allí se confundieron y barajaron, contradiciéndose y luchando entre sí, hasta que, debilitada mi razón por el choque de tantas y tan varias emociones, desfalleció al cabo, quedando sumida en esa especie de marasmo en que se quiere todo sin decidir nada, y sólo se ansía por una luz, por un consejo, por un amigo que nos saque del laberinto y nos preste su apoyo y su fuerza. Pero ¿á quién podía dirigirme en cuestión tan delicada?...

Un nombre acudió al punto á mi memoria, unido al vergonzoso dolor de no haberme acordado antes: el de aquella santa y discreta mujer que me había servido de madre, el de mi tía la Condesa de Astures...

Habíase mientras tanto sosegado el tumulto en la plaza del Clavero. Al desembarcar en la plaza el Gobernador militar, fué saludado por un tremendo vocerío de gritos y silbidos; mas Sánchez Cabezuela man-

dó hacer una descarga al aire á la tropa que guardaba las bocacalles; huyó la muchedumbre aterrada, y una carga de caballería acabó de despejar la plaza. Puso luego el Gobernador un retén de Infantería en la casa de D. César, y quedó con esto conjurado el peligro que había corrido la familia entera de Fernández y del Roble.

Era ya, por lo tanto, inútil mi presencia en la casa, una vez pasado el riesgo, y sin aguardar á D. César ni despedirme de doña *Ambrosia*, entregué el sumario á Cimodocia, manifestándole ardientemente mi agradecimiento por el servicio que me había prestado, y salí por la Judería á mi casa, temeroso de no encontrar ya levantada á mi tía. Eran ya las once y media, y solía á estas horas retirarse á sus habitaciones la ordenada señora.

Apresuréme á mandarle un recado con Celestín, preguntándole si podía recibirme en el acto para tratar de un asunto importante y urgente. No tuve paciencia para aguardar la respuesta en mi cuarto, y adelantéme por la galería de cristales que, como ya dije, unía mis habitaciones con el resto del palacio.

En la mitad de la galería encontré á la

de Astures, que corría presurosa á mi encuentro, alarmada por mi recado y por mi ausencia de todo el día. Sentí, al ver su maternal anhelo, conmoverse profundamente mis entrañas: abracéla por la cintura y le besé la mano; hízome ella la señal de la cruz sobre la frente, como tenía por costumbre, y nervioso yo, excitada mi sensibilidad por las emociones del día, y débil y tierno como lo soy por naturaleza, apoyé mi cabeza en su regazo, y sin poder decir nada, rompí á llorar como un chiquillo.

